

VIERNES - NARRACIÓN 6

EL JUICIO ROMANO, LA CRUCIFIXIÓN Y EL ENTIERRO

Capítulos 81, 82 y 83 del Evangelio de los Doce Santos



Llevaron a Jesús de Caifás al tribunal en el pretorio, ante Poncio Pilato, el gobernador. Era temprano en la mañana y no entraron en el salón para no contaminarse, y así poder celebrar la Pascua. Entonces Pilato se acercó a ellos y les dijo: “¿Qué acusación traen contra este hombre?”. Ellos respondieron diciendo: “Si no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado. Tenemos una ley y según nuestra ley él debe morir, porque quiere abolir las costumbres y rituales que Moisés nos ordenó seguir; sí, él se proclama a sí mismo como el Hijo de Dios”.

Entonces Pilato les dijo: “Tómenlo y júzguenlo conforme a su ley”, pues sabía que lo habían entregado por envidia. Entonces los judíos le dijeron: “No nos es lícito matar a nadie”. Se cumplió, pues, la palabra que Jesús había dicho, indicando de qué muerte moriría. Lo acusaron además diciendo: “Encontramos a este hombre sublevando al pueblo y prohibiendo pagar tributo al César, diciendo de sí mismo ser Cristo, un Rey”.

Entonces Pilato entró de nuevo en la sala del juicio, llamó a Jesús y le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Jesús le respondió: “¿Lo dices por tu cuenta, o te lo han dicho otros de mí?”. Pilato respondió: “¿Soy judío? Tu propio pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?”. Respondió Jesús: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis seguidores lucharían para que yo no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí”.

Y Pilato le dijo: “Entonces ¿eres un Rey?”. Jesús respondió: “Tú dices que yo soy Rey, sí, un Rey soy. Con este fin nací y por esta causa vine al mundo para dar testimonio de la verdad. Todos los que son de la verdad escuchan mi voz”. Pilato le dijo: “¿Qué es la verdad?”. Jesús dijo: “La verdad viene del

cielo". Pilato respondió: "Entonces la verdad no está en la tierra". Jesús le dijo a Pilato: "Créelo, la verdad está en la tierra entre los que la reciben y la obedecen. Están en la verdad quienes juzgan con justicia".

Al oír esto, de nuevo Pilatos se acercó a los judíos y les dijo: "No encuentro en él ninguna culpa". Cuando fue acusado por los sumos sacerdotes y los ancianos, no les respondió nada. Entonces Pilato le dijo a Jesús: "¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti?". Jesús no le respondió ni una palabra, de tal manera que el gobernador se maravilló mucho, y de nuevo les dijo: "No encuentro ninguna falta en este hombre". Entonces ellos se encolerizaron más y gritaron, "Él subleva al pueblo, enseñando por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí".

Y cuando Pilato oyó hablar de Galilea, preguntó si el hombre era galileo. Tan pronto como supo que pertenecía a la jurisdicción de Herodes, lo envió a ver a Herodes, que estaba en Jerusalén en ese momento. Cuando Herodes vio a Jesús, se puso muy contento, ya que deseaba conocerle desde hace tiempo porque había oído hablar mucho de él y esperaba verle hacer algún milagro. Entonces le hizo muchas preguntas, pero Jesús no le respondió.

Los sumos sacerdotes y los escribas se pusieron de pie y le acusaron con vehemencia, y muchos testigos falsos se levantaron contra él y le culparon de cosas que él no conocía. Herodes y sus soldados se burlaron de él y lo vistieron con una túnica suntuosa y lo enviaron de nuevo a Pilato. Ese mismo día Pilato y Herodes se hicieron amigos, pues antes habían sido enemigos. Pilato entró de nuevo al pretorio y dijo a Jesús: "¿De dónde eres?". Pero Jesús no le respondió.

Y Pilato le dijo: "¿no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte y poder para liberarte?". Respondió Jesús: "ninguna autoridad tendrías sobre mí, si no fuese dada de arriba; por eso el que me entregó a ti es quien tiene mayor pecado". Entonces Pilato procuró soltarle, pero los judíos gritaron, diciendo: "Si sueltas a este hombre, no eres amigo del César; pues todo aquel que se proclama rey, se rebela contra el César".

Entonces, Pilato convocó a los sumos sacerdotes y a los gobernantes del pueblo. Cuando estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensaje diciendo: "No tengas nada que ver con ese hombre justo, porque hoy he sufrido mucho en un sueño, por causa de él". Y Pilato les dijo: "Me han traído a este hombre, como uno que subleva al pueblo, y he aquí, que lo he examinado delante de ustedes, y no he hallado en él culpa alguna. No, ni siquiera Herodes, con quien lo envié y tampoco encontró nada digno de muerte en él. Pero ustedes tienen por costumbre que suelte a uno en la Pascua; ¿quieren, pues, que les suelte al Rey de los judíos?".

Entonces todos volvieron a gritar, diciendo: "A este hombre no, sino a Barrabás". Barrabás era un malhechor que fue encarcelado por insurrección en la ciudad y por homicidio. Por lo tanto, Pilato, dispuesto a liberar a Jesús, les dijo de nuevo. "¿A cuál de los dos quieren que suelte, a Barrabás, o a Jesús que es llamado el Cristo?". Ellos dijeron, "Barrabás". Pilato les dijo: "¿Qué quieren que haga con Jesús, llamado el Cristo?". Todos respondieron: "Que sea crucificado". El Gobernador dijo: "¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho?". Pero ellos gritaron aún más diciendo: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!".

Y Pilato salió otra vez y les dijo: "He aquí, otra vez lo traigo ante ustedes, para que sepan que no encuentro en él ninguna falta". Otra vez gritaron, "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!" Pilato les dijo por tercera vez: "¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho? No he encontrado causa de muerte en él. Por lo tanto, le haré azotar y lo soltaré". Al instante alzando grandes voces, solicitaron que fuese crucificado. Y sus voces y las de los sumos sacerdotes, dominaban por encima de todos.

Cuando Pilato vio que no podía prevalecer, sino que, por el contrario, se había producido un tumulto mayor, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: "Soy Inocente de la sangre de este justo; Allá ustedes". Y el pueblo respondió gritando: "Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos". Entonces Pilato dio la sentencia de que debía ser como ellos exigían. Y entregó a Jesús, conforme a su voluntad.

La Crucifixión

Les soltó a Barrabás; y después de azotar a Jesús, lo entregó para ser crucificado. Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron a todo el grupo de soldados a su alrededor. Lo desnudaron y le pusieron una túnica púrpura. Trenzaron una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza y una caña en su mano derecha, y doblando ante él la rodilla se burlaron, diciendo: "¡Salve, Rey de los judíos!". Entonces Jesús salió, llevando la corona de espinas y el manto púrpura. Pilato les dijo: "¡He aquí al hombre!". Cuando los sumos sacerdotes y los gobernantes del pueblo lo vieron, gritaron diciendo: "¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo!". Y Pilato les dijo: "Tómenlo y crucifíquenlo, pues yo no encuentro culpa en él". Escupieron sobre él, tomaron la caña y le golpearon en la cabeza. Después de burlarse de él, le quitaron la túnica, le pusieron sus propias vestiduras y lo llevaron a crucificar. Mientras se lo llevaban, capturaron a un hombre de Cirene llamado Simón, que venía del campo, y le pusieron encima la cruz para que la llevara detrás de Jesús.

Le seguía un gran grupo de personas, entre ellas muchas mujeres que también se lamentaban y le lloraban. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, lloren por ustedes y por sus hijos. Porque he aquí, que vienen los días en que dirán: Bienaventuradas las estériles, los vientres que nunca engendraron, y los pechos que nunca amamantaron. Entonces comenzarán a decir a las montañas ¡caigan sobre nosotros! y a las colinas ¡cúbrannos! Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, en el seco ¿qué no se hará?".

También fueron llevados a crucificar otros dos, que eran malhechores. Y cuando llegaron a un lugar llamado el Calvario y el Gólgota, que quiere decir, el lugar de la calavera, los crucificaron, uno a su derecha y otro a su izquierda. Era la hora tercera cuando le crucificaron, y le dieron a beber vinagre mezclado con hiel; y cuando lo probó, no quiso beberlo. Y Jesús dijo, "Abba-Imma, perdónalos, porque no saben lo que hacen".

Entonces los soldados, después de crucificar a Jesús, tomaron sus vestiduras dividiéndolas en cuatro partes, para cada soldado una parte, y también su túnica. La túnica era sin costura, tejida en una pieza.

Y dijeron entre ellos: "No la rompamos, sino echemos suertes sobre ella, para ver a quien le toca". A fin de que se cumpliera la Escritura que dice: "Repartieron entre ellos mis vestiduras, y echaron suertes sobre mi túnica". Y estas cosas hicieron los soldados.

Y se sentaron a hacer guardia. También se escribió una inscripción sobre él en letras griegas, latinas y hebreas, diciendo: "Este es el Rey de los judíos". Muchos judíos la leyeron, porque el lugar donde Jesús fue crucificado estaba cerca de la ciudad. Entonces los sumos sacerdotes judíos dijeron a Pilato: "No escribas: El Rey de los Judíos, sino: Él ha dicho: Yo soy el Rey de los Judíos". Pilato respondió: "Lo que he escrito, escrito está".

Y uno de los malhechores que estaban colgados se burló, diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros". Pero el otro, le reprendió, diciendo: "¿No temes a Dios, puesto que también tú eres condenado? Y nosotros, en verdad, con justicia, porque recibimos la recompensa debida por nuestras obras, pero este hombre no ha hecho nada malo". Y le dijo a Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando llegues a tu Reino". Jesús le dijo: En verdad te digo, hoy estarás conmigo en el Paraíso".

Los que pasaban por allí le insultaban, moviendo sus cabezas y diciendo: "Tú que destruirías el templo y lo construirías en tres días, ¡sálvate a ti mismo! Si eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz!". Los sumos sacerdotes también se burlaban de él, mientras que los escribas y los ancianos decían: "Salvó a un cordero; pero a sí mismo no puede salvarse. Si él es el Rey de Israel, que baje ahora de la cruz y le creemos. Confió en Dios, que lo libere ahora si le quiere, porque él ha dicho, Yo soy el Hijo de Dios".

Los cambistas y los mercaderes de bestias y aves también hablaron cosas similares en su cara, diciendo: "Tú que echas del templo a los mercaderes de bueyes, ovejas y palomas, no eres más que una oveja sacrificada". Entonces, desde la hora sexta hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora novena, y algunos que se hallaban alrededor encendieron sus antorchas, porque la oscuridad era muy grande. Hacia la sexta hora, Jesús gritó con voz fuerte: "Elí, Elí, ¿lama sabactani?", que quiere decir, "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?".

Algunos de los que estaban allí, al oír esto, dijeron: "Este hombre llama a Elías"; otros dijeron: "Llama al sol". Los demás dijeron: "Vamos, veamos si Elías vendrá a salvarlo". Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María, mujer de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre, y junto a ella al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: "Mujer, he aquí a tu hijo". Y dijo al discípulo: "¡He aquí a tu madre!". Y desde esa hora aquel discípulo la acogió en su propia casa.

Después de esto, sabiendo que ya todo se había cumplido, y para que la Escritura se cumpliera hasta el final, Jesús dijo: "Tengo sed". Entonces, empaparon una esponja con vinagre de un recipiente, la ataron a una rama de hisopo y se la acercaron a la boca. Y Jesús clamó con gran voz, diciendo: "¡Abba-Imma, en tus manos encomiendo mi espíritu!". Cuando Jesús hubo recibido el vinagre, clamó en voz alta: "¡Consumado está!"; e inclinando su cabeza, entregó el espíritu, y era la novena hora. Y he aquí, que hubo grandes truenos y relámpagos, y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba hacia abajo, tembló la tierra, y las rocas se partieron.

Cuando el centurión y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y las cosas que habían sucedido, sintieron muchísimo temor, diciendo: “Verdaderamente era Hijo de Dios”. También estaban allí muchas mujeres que le habían seguido y servido desde Galilea, y entre ellas estaba María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo, y se lamentaban, diciendo: “La luz del mundo está oculta a nuestros ojos, el Señor, nuestro Amor, ha sido crucificado”.

Entonces los judíos, como era víspera del sábado pascual y los cuerpos no debían permanecer sobre la cruz, pidieron a Pilato que se les quebrasen las piernas, y que fuesen quitados de allí. Los soldados vinieron y rompieron las piernas de los dos que estaban crucificados con él, pero, cuando se acercaron a Jesús y vieron que ya estaba muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el corazón con una lanza e inmediatamente brotó sangre y agua.

Y el que lo ha visto ha dado testimonio, y su testimonio es verdadero; y sabe que dice la verdad, para que ustedes también lo crean. Porque estas cosas sucedieron para que se cumplieran estas Escrituras: “...un hueso de él no será quebrado...”, y también, “...ellos mirarán al que atravesaron”.

El Entierro de Jesús

Al anochecer, llegó José de Arimatea, un honorable miembro del Sanedrín, que también esperaba el Reino de Dios, y valientemente fue hasta Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús (él era un hombre bueno y justo y no había aprobado la resolución del Sanedrín). Pilato se sorprendió de que Jesús ya hubiese muerto; y llamando al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. Cuando lo supo por el centurión, le entregó el cuerpo a José.

Entonces, José fue y tomó el cuerpo de Jesús. También llegó Nicodemo, el que antes fue a ver a Jesús de noche, y trajo una mezcla de cerca de cien libras de mirra y áloe. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en telas de lino con las especias aromáticas, como es la costumbre al enterrar a los judíos. Había un jardín en el lugar donde fue crucificado, en el cual había una tumba nueva donde nadie había sido puesto aún.

Allí colocaron a Jesús, y era el comienzo de la segunda vigilia pascual cuando le sepultaron, ya que la tumba estaba cerca. María Magdalena, la otra María, y María la madre de José, vieron el sepulcro dónde fue enterrado. Permanecieron allí, en el sepulcro, durante tres días y tres noches. También las mujeres que vinieron con él desde Galilea, llevando lámparas, vieron el sepulcro y cómo fue puesto su cuerpo, y empezaron a llorar y a lamentarse. Se fueron y descansaron el día siguiente, conforme al mandamiento, y compraron especias, prepararon ungüentos y esperaron que terminara el sábado.

Al siguiente día, los sumos sacerdotes y los fariseos se reunieron con Pilato, diciendo: “Señor, nos acordamos de lo que aquel impostor dijo en vida: “Después de tres días resucitaré”. Manda, pues, a que el sepulcro esté seguro hasta que haya pasado el tercer día, por si sus discípulos vinieran de noche y lo robaran, y dijeran al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos”, así el último engaño sería peor

que el primero". Pilato les dijo: "Allí tienen a un guardia, vayan, asegúrenlo todo lo que puedan". Así que fueron y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo el guardia hasta que hubiese pasado el tercer día.